

Perdurabilidad de la Ciudad Universitaria del Pedregal

RAFAEL LÓPEZ RANGEL

El monumental conjunto de la Ciudad Universitaria del Pedregal es parte del reducido número de obras aún vigentes que pertenecen a la Primera Modernidad arquitectónica del siglo XX de nuestro país. Es más: tiene suficientes atributos como para pensar que posee una perdurabilidad tal, que entrará sin dificultad al siglo XXI cubriendo básicamente las funciones para las cuales fue creada. ¿Cuáles fueron éstas y cómo se enfrentaron en su realización arquitectónica? Responder con amplitud estas preguntas nos daría las determinaciones de su potencia, misma que está ligada a la de la propia Universidad.

Aquí intentaremos solamente un esbozo de respuesta. Evidentemente, la Ciudad Universitaria del Pedregal tiene un significado polisémico: no se realizó únicamente para alojar, en términos funcionales, a las complejas instalaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México sino para simbolizar, al mismo tiempo, a través de una obra estatal la construcción de un país moderno, emanado de una revolución que sostenía principios nacionalistas. Y nada mejor para ello que la erección de la gran Casa de Estudios, de larguísima tradición—desde sus orígenes coloniales hasta el soñado “templo de la raza entera” vasconceliano, el “supremo laboratorio de la cultura patria”, de García Téllez, y el “vital organismo de la patria y baluarte de la cultura nacional” de Salvador Zubirán— para destinarle una obra monumental, coherente con la *memoria histórica* de la nación y con los nuevos tiempos, aquellos en que culminaba la primera mitad del siglo XX mexicano.

Polisemia de la Ciudad Universitaria, primera obra plural de la arquitectura mexicana

Naturalmente, la vitalidad y trascendencia del conjunto de la Ciudad Universitaria del Pedregal, y el haberse constituido como paradigma de la cultura arquitectónica contemporánea de México, no fue obra de un decreto presidencial, ni sólo el resultado de una decisión, que eligió entre una gama de opciones planteadas por un conjunto de expertos en el campo

de la cultura. Tampoco se debió a una mesiánica concepción anticipatoria de un único camino para la arquitectura mexicana. Fue “algo de todo eso”, mezclado en una complejidad, junto a hondos procesos sociales y culturales, ligados no pocos de ellos a la dialéctica interna de la práctica y la enseñanza de la arquitectura y el urbanismo en el México de esa época. Veamos.

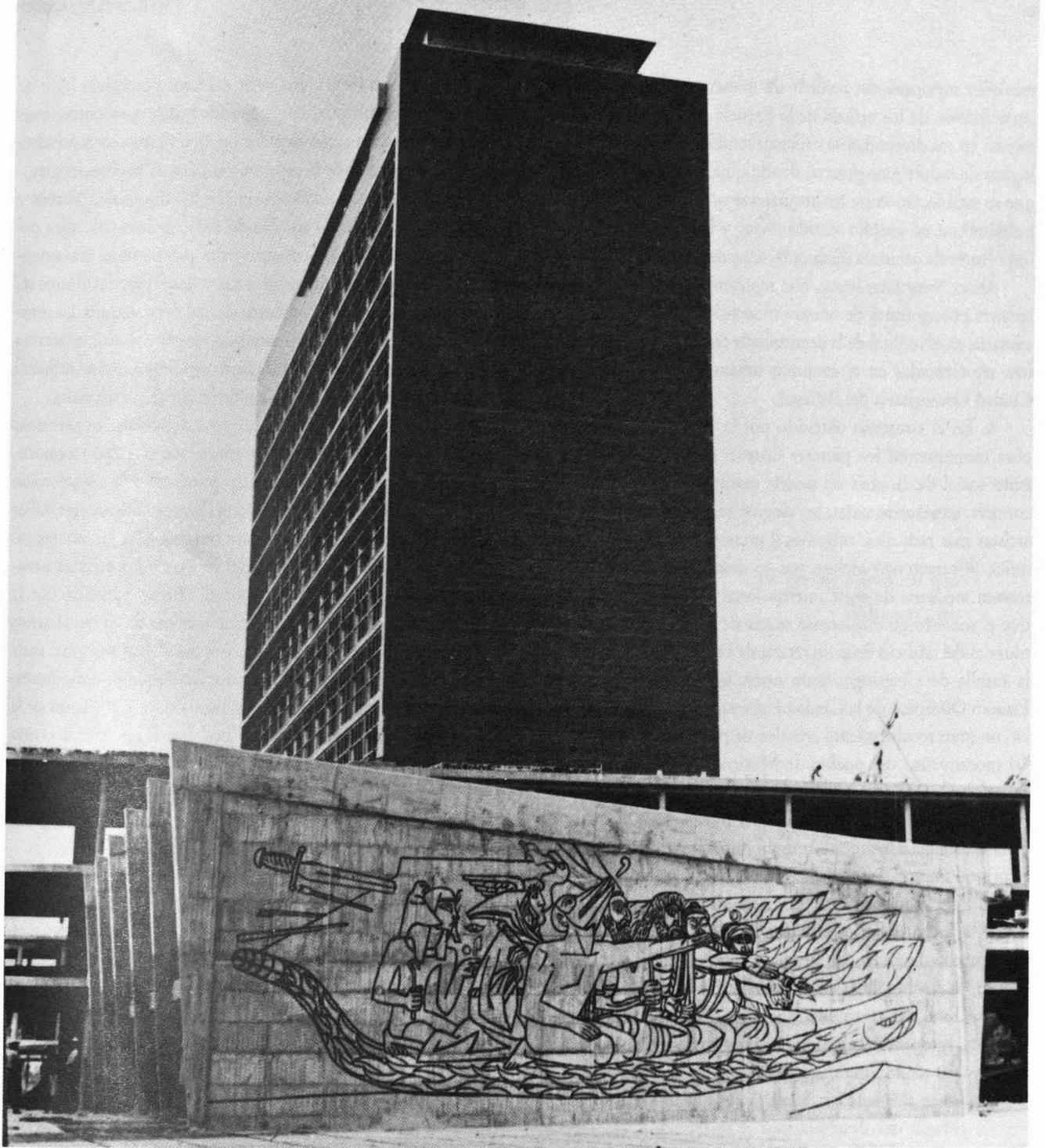
1. La construcción de la Ciudad Universitaria representó la culminación de sucesivas intenciones y acciones dirigidas a que la Universidad Nacional tuviese una sede adecuada, proyectada especialmente para sus crecientes necesidades, acorde con los avances de la ciencia y la tecnología que se mostraban particularmente acelerados en el curso del siglo XX. Un hecho político trascendental, la consecución de la Autonomía Universitaria, en 1929, determinó que tal requerimiento fuese una exigencia constante.

Es sabido que ya en diciembre de 1928 los pasantes de la carrera de arquitectura, Marcial Gutiérrez Camarena y Mauricio de María y Campos, presentaron sus tesis profesional con el tema “Ciudad Universitaria”, conjunto arquitectónico que se asentaría en terrenos ubicados en las cercanías de Tlalpan.

Tal proyecto no era naturalmente un mero capricho de los sustentantes. En octubre de 1929 fue presentado por sus autores, ya arquitectos, al licenciado Ignacio García Téllez, rector de la Universidad, quien lanzaba en ese momento emotivas proclamas a favor de la magna obra, con lo cual recogía los deseos de la comunidad universitaria y de amplios sectores universitarios del país.

Son de mencionarse, asimismo, los proyectos estudiantiles que se realizaban con el tema en cuestión, como los publicados en la revista *Universidad de México* en 1931, y que situaban a la Ciudad Universitaria en terrenos de la Hacienda de los Morales, en el Distrito Federal.

2. El proyecto y construcción de la Ciudad Universitaria estuvo en la mente de profesores y estudiantes de la Escuela Nacional de Arquitectura hasta el momento mismo de su concreción, en la década de los cuarentas. Cuando se abre el



José Chávez Morado, *El retorno de Quetzalcóatl*, mural en la torre de Ciencias (hoy torre II de Humanidades)

concurso para el Plan de Conjunto, la comunidad de la Escuela se vuelca a participar en él. Como se sabe, ese concurso fue dirigido también al Colegio de Arquitectos de México y a la Sociedad de Arquitectos Mexicanos. Tenía, en consecuencia, un aval de cuando menos dos décadas de generaciones de arquitectos mexicanos. Empero, lo importante era que esas generaciones buscaban y polemizaban acerca de la *modernidad arquitectónica mexicana*. Y no cabía duda de que las sucesivas ideas arquitectónicas que surgían sobre la Ciudad Universitaria, representaban esa búsqueda y esa polémica.

3. En el momento de la realización de los anteproyectos finales y los proyectos definitivos, la polémica acerca de la arquitectura moderna en México se hallaba en plena madurez, ya que se habían pronunciado líneas definidas. Una de ellas, la “radical” —de fuerza singular a principios de los treinta— había evolucionado a la búsqueda de identidad a través de la Integración Plástica, combinada con el funcionalismo. Otra, asumía las propuestas internacionales por considerarlas adecuadas a la dinámica de los nuevos tiempos. Sin embargo, se daban líneas intermedias, de varios matices, siendo las más significativas las que se proponían construir una cultura archi-

tectónica mexicana sin recurrir de manera fundamental a la participación de los artistas de la Escuela Mexicana. Naturalmente, en esa diversidad se hallaban también diferencias ideológicas de índole más general, siendo quizás las más fuertes las que se establecían entre los arquitectos que asumían las obras públicas con un amplio sentido social, y los que se erigían en impulsores de acciones de carácter empresarial.

Ahora bien, estas líneas, que representaban a significativos sectores protagonistas de nuestra modernidad social posrevolucionaria, en el umbral de la denominada etapa desarrollista, estaban representadas en el conjunto urbanoarquitectónico de la Ciudad Universitaria del Pedregal.

4. En el consenso obtenido por la construcción de esta obra monumental los pintores ocupan un lugar especial. El éxito social de la obra no podría aquilatarse justamente sin conocer, entre otras cosas, los elogios vertidos por uno de los artistas más radicales, exigentes y prestigiados: Diego Rivera, quien se caracterizó incluso por su desacuerdo con la arquitectura moderna de corte internacional. Pues bien, es sabido que el maestro guanajuatense, autor de célebres y cuantiosos murales del edificio de la Secretaría de Educación Pública y de la capilla de Chapingo, entre otros, llegó a afirmar que el Estadio Olímpico de la Ciudad Universitaria —en el cual inició un gran recubrimiento artístico de piedras naturales— era “el monumento del pueblo de México a su propio esfuerzo progresivo”. Rivera pensaba que esta obra representaba una realización del Clásico Americano Contemporáneo, por su clara referencia a la arquitectura monumental prehispánica. Y, al mismo tiempo, la participación de David Alfaro Siqueiros, con su línea modernizadora de contenido social, en el edificio de la Rectoría, la de José Chávez Morado en el auditorio de Ciencias, la de Epens en la Escuela de Medicina y, naturalmente, la de Juan O’Gorman en la Biblioteca, no sólo le imprimían al conjunto una innegable connotación de mexicanidad, sino que también *lograron la aquiescencia hacia esta obra magna de protagonistas de la cultura que por lo general se mantenían en una posición crítica frente a las acciones oficiales.*

5. ¿Magia del desarrollismo? ¿Concertación ideológica? ¿Funcionamiento exitoso de términos como nacionalismo, mexicanidad y modernidad? El caso es que se produjo el acierto de que la arquitectura, la integración plástica y la propuesta urbana representaran un papel en el cual la pluralidad volcada en torno a planteamientos unificadores dio como resultado una obra verdaderamente perdurable.

Los “planteamientos unificadores” no contenían el error —casi connatural a la fracasada planificación urbana del siglo XX— de imponer redes sistémicas al rico y complejo mundo de la comunicación de los usuarios, en este caso de miles de jóvenes, profesores y trabajadores universitarios, es decir, de un sector fundamental de la *inteligencia nacional*. A nuestro juicio, todavía no se ha subrayado lo suficiente la venturosa combinación del sistema Herrey de la doble vía perimetral con agrupamientos de claro referente prehispánico, como es el caso de la disposición de

escuelas y otros edificios alrededor del enorme espacio libre de automóviles: el campus, con capacidad para concentraciones multitudinarias. Este solo elemento representaba —y representa aún— la posibilidad de la expresión masiva de las conciencias.

Otros elementos unificadores son los materiales pétreos y los colores. Los primeros son los del sitio, de lava volcánica petrificada. Con ellos se construyeron pavimentos, basamentos, muros de contención, escalinatas y hasta grandes muros de edificios. Constituyen la piel fundamental del conjunto. La morfología de estos elementos, manejada en general con referentes prehispánicos, coadyuva a su carácter mexicano, que se refuerza con los grandes murales coloridos de los artistas nacionales.

Si algo apreciamos ahora, en plena década de los noventa —lo que no es poco decir— es la *pluralidad*. Y si algo reconocemos como característica de obras y procesos es la *complejidad*. Los que nos dolemos por el destino del funcionalismo, por haber trivializado la cultura arquitectónica durante décadas, encontramos en la Ciudad Universitaria del Pedregal una efectiva satisfacción ante nuestra nostalgia por el “Paraíso perdido de la Primera Modernidad arquitectónica mexicana”. Si tuviéramos un espíritu naif, pensaríamos que se trata de un milagro: cada edificio del conjunto es una libre creación de sus autores, dentro de algo que raramente entendemos bien, y que es la Misión de la Universidad Mexicana y que hoy podríamos interpretar como la construcción democrática de la cultura de nuestro país. Por ello es compleja, plural y unitaria. ¿Por cuánto tiempo la seguiremos viendo así?; es más: ¿seguirán multiplicándose sus significados con el tiempo, ya en pleno siglo XXI?

Le deseamos y vaticinamos una larga vida. Y no sólo porque la sintamos nuestra, ni porque quienes la erigieron cubrieron con creces su encomienda funcional, sino porque —no sabemos si en forma deliberada— en ella parece haber sido aplicada la fabulosa “teoría de los lugares mágicos”, presente en las genuinas creaciones de la arquitectura latinoamericana. ●

Referencias bibliográficas

- Díaz y de Ovando, Clementina, *La Ciudad Universitaria de México. Tomo I Reseña histórica. 1929-1955*, prólogo de Miguel León-Portilla, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979.
- Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Red Editorial Iberoamericana, México, 1983.
- López Rangel, Rafael, *La modernidad arquitectónica mexicana. Antecedentes y vanguardias. 1900-1940*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1989.
- *Diego Rivera y la arquitectura mexicana*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986.
- Moral, Enrique del, *El hombre y la arquitectura. Ensayos y testimonios*. Centro de Investigaciones Arquitectónicas, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- Pani, Mario y Moral, Enrique del, *La construcción de la Ciudad Universitaria del Pedregal. Concepto, programa y planeación arquitectónica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979.
- Yáñez de la Fuente, Enrique, *Arquitectura: teoría, diseño, contexto*, Talleres de Litográfica México, México, 1983.